

LA AZUCENA MISTERIOSA.



TRADICION NABARRA QUE DEDICA EL AUTOR Á SU MUY QUERIDO Y
RESPETABLE AMIGO DON JUAN CANCIO MENA.



I.

¡Religion! ¡Religion! Genio celeste que velas el sueño del desgraciado, antorcha de las inteligencias humildes, alivio del corazón rendido al peso de la miseria, espíritu sublime y consolador, desciende sobre mí, presta armonías á mi laud y. abrásame con el fuego santo de tus amores.

Hay en tí, sagrada Religion, vida del alma, no sé qué misterioso encanto que atrae y y subyuga los entendimientos serenos; por eso Jeremías te debe sus lamentos, David sus penitencias sublimes, el hombre sus creaciones y sus adelantos, el mundo, en fin, los pocos cuanto dulces momentos que de felicidad y gloria ha tenido.

En tí se halla personificada la humildad, unida á la grandeza; el placer en natural armonía con el bien, la ciencia al lado del temor, el trabajo juntamente con la recompensa; por eso te dirijo, hermosa matrona; mis suspiros, ya que desde huérfano eres mi guía, ya que desde soñador eres en compañía de mi patria la musa de mis pobres inspiraciones.

II.

La antigua tierra de Basconia se encuentra sumida en las tinieblas del paganismo.

Sus valientes y guerreros hijos, los que en cien combates terror fueron de Roma y espanto de sus mercenarios ejércitos, no tienen un Dios á quien adorar, y solo se postran para jurar ser libres, como las águilas de sus montañas, ante las aras de sus falsas divinidades.

Cincuenta y cinco años hace que se ha consumado el sacrificio del Gólgota y la redentora enseña de la cruz no ha llegado todavía á ondear sobre las torres de sus templos; ni á guiar al combate grabada en sus banderas a los indomables bascones.

Pero pueblo que en tan alta estimacion tiene las cualidades de honor é independencia; pueblo que, á semejanza de Sagunto, ha sabido sucumbir en los muros de Calahorra antes que entregarse á la tiranía de los romanos, y que ha abatido como nadie el poder de Sertorio, el general más temido y respetado de su época, no puede permanecer por largo tiempo sin avivar los corazones de sus hijos con la buena nueva, que ha brotado como chispa santa sobre las ruinas del Capitolio, y que ligera como el huracan, cunde por todos los ámbitos de la tierra, sellada con la sangre de millones de mártires, que no basta á satisfacer las iras del despiadado Neron, y sobre cuyos restos se multiplican los creyentes, como las arenas del mar, como las espigas de los campos.

III.

Miradla: esa que veis, modesta cuanto poética poblacion, es Pamplona, asilo de gentes entregadas á la adoracion de falsos dioses.

Esas torres elevadas que descuellan como gigantes, son las del templo erigido en honor de Diana, bajo cuyas bóvedas se sacrifican víctimas á su honor.

A su puerta hace sombra un grande árbol terebinto; en el lado

opuesto se destaca, lleno de majestad y misterio, el sagrado bosque de los cipreses.

Internaos en él por un momento, mas con el respeto que se debe al lugar donde se consuman los grandes sacrificios. Es la hora de los sueños. Un cielo diáfano, risueño y apacible ostenta la inmensidad del infinito; radiantes luceros compiten con sus destellos para iluminar el espacio, y la pálida reina de la noche derrama majestuosa los rayos de su consoladora luz.

A calma tan sublime nolleja la voz de las pasiones, ni las imprecaciones del crimen, ni los sarcasmos del vicio, ni los clamores de la ambicion, ni la febril algazara de los festines, ni los quejidos dé la miseria, ni los aplausos del favor, ni las calumnias de la envidia, ni toda esa algarabía que producen los encontrados intereses de una sociedad envuelta en el torbellino de los placeres sensuales. El silencio reina en la naturaleza y la meditacion en las conciencias.

Solo se oye á intervalos el gemido de la brisa que agita blandamente las copas de los árboles, y el monótono son que produce al sepultarse en el cristalino arroyo la tradicional Fuente del olvido.

Pero escuchad: ¿qué delicioso murmullo hasta nosotros llega? ¿qué palabras tan dulces son esas, que hacen derramar copioso llanto á los ojos de la pagana Eugenia, que, cogida del brazo del valiente y conocido capitán romano Publio, se pierde por esa larga calle de cipreses?

Un placer nunca sentido y un temor extraordinario hacen palpar sus corazones, como si á comunicarse fueran alguna idea contraria á sus propósitos.

Oigamos.

—Los dioses, ¡oh dulce objeto de mi cariño! se muestran contrarios á nuestras más queridas esperanzas; ya ha pasado para nosotros, Eugenia, la primavera de los amores, y tan solo espinas ofrecen á los nuestros los númenes inmortales. ¡Oh hermosa mía! Más amada de mi guerrero corazón que el grito de victoria, y más dulce que el recuerdo de la cuna que meció sus primeras esperanzas, ¿porqué impenetrables nubes empañan el cielo de tu frente, sin que yo pueda adivinar el misterioso origen de su formación?

—¡Oh, Publio! Así como los ríos al mar, y como la gota de rocío al cristalino arroyo, así se dirige necesariamente, y sin poder evitarlo, la humanidad á sus destinos. El hombre, si escucha la voz de la con-

ciencia, su término es el bien; si se complace en los goces del mundo y sus malas pasiones, su corona es el mal. ¿No oyes cierto dulce rumor, presagio de felices días? ¿No oyes quebrarse en mil pedazos las cadenas de una sociedad esclavizada vergonzosamente? Pues bien, escucha. Esa religion de Jesús que con tanto furor perseguimos, es el mar donde van á sepultarse nuestros corazones. ¿Tiemblas al escuchar mis palabras? ¿Te extraña que la que ántes depositaba coronas de mirto y laurel sobre el altar de Júpiter, y derramaba incienso sobre su cabeza, reniegue hoy de su poder? Bien á mi pesar comprendo que no has escuchado como yo las predicaciones del apóstol, ni te has inflamado en el fuego que anima su divina palabra.

—Eugenia, ¿pretendes acaso seguir sus doctrinas sin temor á las iras de nuestros dioses? Mas ya comprendo; era tu amor mentido y quieres mancharte siendo doblemente perjura.

—¡Amado mio!... ántes el pensamiento dejará de tener su dulce esencia; ántes faltará agua al mar y flores á la primavera que á mi corazon tu amor. Te quiero, y por lo mismo, en vez de un alma esclava, ansío ofrecerte un alma libre que, confundiéndose con la tuya, viviendo de un mismo sol, de una misma naturaleza, sean unas sus aspiraciones, unas sus esperanzas, unos sus sueños, una su tumba, uno su paraíso. Si hubieras escuchado esta mañana á la sombra del terebinto las palabras del extranjero, hubieras soñado para mí unos amores cristianos. La mujer para la religion de Jesús—decía el santo profeta,—está rodeada de alegría y felicidad; su esposo es su compañero, sus hijos la más hermosa diadema, su centro el hogar; para vuestras mentiras, la mujer es una esclava, su vida un completo martirio, su belleza víctima grosera de vuestros apetitos, y ni aun le es permitido gozar de las caricias de los pedazos de sus entrañas, como si fuesen sus sentimientos de peor condicion que los de una fiera. El Cristianismo asegura que tendrán fin nuestras desgracias y nos ofrece una gloria sin lamentos, sin dolores, sin término; una alegría, en fin, que bañará la cabezade los bienaventurados, como bañan las aguas á un hombre sumergido en lo profundo del mar. Jerusalem bendita, iluminada por el sol divino, fuente de vida, mansion de perlas fabricada por la mano del Todopoderoso pata los justos y pecadores arrepentidos...

Un silencio sepulcral ha seguido á las últimas palabras de la casta virgen cuya blonda cabellera, flotando á merced de la fresca y olorosa

sa brisa, va con orgullo á acariciar la frente del enamorado capitán.

En medio de éxtasis tan delicioso han llegado á la *Fuente de Olvido*, se han repetido mil ternezas y han renovado sus juramentos de amor.

A la vuelta, Publio ha regalado á Eugenia, como prenda de fidelidad, una azucena del bosque.

Eugenia ha jurado en silencio ser feliz ántes de que sus hojas se marchiten.

IV.

Es la hermosa mañana de un día claro de Junio. Un inmenso concurso rodea las puertas del templo de Diana, cuya festividad celebra, ávido de escuchar por segunda vez las predicaciones de Saturnino, obispo cristiano de Tolosa (Aquitania), cuyas virtudes, conocimientos y fama habian encontrado en Pamplona como en otros muchos pueblos eco muy favorable.

Entre las personas notables que acuden movidos por la curiosidad más que por el fervor, se hallan los senadores Faustino, Fortunato y Firmo, la mujer de este último, noble matrona, y su valiente hijo el capitán Publio.

También se encuentra la hermosa y enamorada dama Eugenia, cuyo corazón presiente dulces y consoladores momentos.

La celebridad del día, la sangre aún humeante de los sacrificios consumados, el grandioso espectáculo que presentaba el pueblo movido por un sentimiento común y universal; todo contribuía á que el alma del obispo, ardiendo en la pira santa de la fe, derramase á torrentes sobre la cabeza de aquellos ciegos á la luz de la verdad la redentora doctrina de Jesús, cuyas únicas armas para conquistar las naciones á su imperio eran, no las de hierro duro, ni las que brillantes nos pintan en sus rayos vida deleitosa y suave, sino las blandas de la palabra, y cuyos soldados, si fuerzas abrigaban para la lucha, cantos tenían para elevar al Todopoderoso al calor de las hogueras que consumían sus carnes, que pulverizaban sus huesos, que ahogaban sus clamores; pero sobre cuyas pirámides de humo se elevaba riente la blanca imagen de sus almas con la palma del martirio, en medio del celeste angelical concierto.

El pueblo quedó esclavo de la arrebatadora elocuencia del apóstol, y más de una vez, dominado su corazón, maldijo su estado de ignorancia y entró en ansias de arrasar aquel templo que adoraba momentos ántes y que sustentaba las estatuas de sus falsos dioses.

Al término de la peroración, Eugenia y Publio se dirigieron una mirada.

Solo en aquel momento se entendieron sus almas y apreciaron la inmensidad del amor que las consumía.

J. JOSÉ GARCÍA VELLOSO.

(Se concluirá.)

KLAUDIO EUSKAL-KANTARI ZANA.

Ozeru-lurren Erregiñ gozo
 H a Euzki eder munduan,
 P ma Birjiña! zure Klaudio
 T uki ezazu goguan:
 Q uadalupe-n zan zure kantari:
 I zan bedi-ere Zeruan.

JOSÉ IGNACIO ARANA-KOAK.

Baña, barkatu, Ama maitea,
 Biotzetik etsaiaki,
 Jaunak barkatu zien bezela
 Ill zuten borreroaki,
 Zure burua zikindu gabe
 Ordaiñ gaiztoaz itsuski:
 Barka zaiezu, eta zerade
 Aundia izango beti.

Etorriko da egun berria
 Eguzki zillartsuakin,
 Zabaldutzeroa bere errañoak
 Emanai ugarirekin;
 Eta orduan, Aritz Santua,
 Gure poz aundiarekin,
 Apaindurikan agertuko da
 Lenagoko jazkaiakin.

OTAEGI-KO KLAUDIO-K.

LA AZUCENA MISTERIOSA.

TRADICION NABARRA QUE DEDICA EL AUTOR Á SU MUY QUERIDO Y
 RESPETABLE AMIGO DON JUAN CANCIO MENA.

V.

Es la noche del día de que venimos ocupándonos. Eugenia y Publio conversan en el bosque de los cipreses cabe la *Fuente del Olvido*. La azucena que regaló él á ella la noche anterior, y que ostenta prendida de sus rizos, resplandece más fresca y lozana que al desprenderse del tallo.

¡Y cómo no!... Era la imagen de sus amores que, casi moribundos, habían recibido un nuevo y misterioso gérmen de vida, nuevo y misterioso gérmen que recordaba no poco la mirada ardiente que se habían cambiado aquella misma mañana,

Su conversacion está llena de sentimiento.

—Si ser mi esposo quieres, dice Eugenia á Publio, si aspiras á ser dueño de mi corazón, necesario es que olvides tus falsas creencias y rindas adoracion al Dios Omnipotente.

—Sí, blanca virgen, soy cristiano desde que oí la voz del Dios uno por boca del profeta, y solamente Él reina en mi alma. Mas ¿crees acaso que no le he rendido tributo de reconocimiento hasta hoy? ¡Oh, hermosa!... más que la felicidad soñada! lo he visto tantas veces..., ¡tantas!... Lo he estrechado al estrecharte á ti, lo he visto á través de tus sonrisas, lo he sentido en cada una de las palpitaciones de tu corazón. Si dudas todavía de mis palabras, que el juramento de mi alma, nunca veleidosa, sea la mejor prenda que en prueba de fidelidad te deje,

—Sí, amado mio, ven, y entre las sombras de estas misteriosas soledades oirá el Señor nuestros votos y recibirá su buena Madre la Virgen las esperanzas de amor que á sus plantas pondremos como ofrenda; y que coronará de seguro con un fin dichoso.

VI.

Han jurado y se retiran en silencio para no turbar con sus palabras la nueva vida que ha derramado el cielo sobre sus cabezas.

Solo al despedirse han murmurado pocas, pero dulces frases.

En ellas han renovado el juramento de ser dichosos, aunque para ello tengan que luchar con las iras de sus padres.

Las hojas de la azucena se han estremecido al sonido de palabras tan llenas de valor.

VII.

Han pasado tres días y la ciudad de Pamplona se dispone á recibir en masa el agua del bautismo. A pesar de los esfuerzos de la sabiduría pagana, á pesar de la oposicion de los senadores, la verdad se ha sentado triunfante sobre las ruinas del error.

Publio y Eugenia son dichosos, porque sus familias son las primeras que se disponen á abjurar sus antiguas creencias, dando con tal medida impulso á la completa regeneracion de Basconia, que al levantarse de nuevo contra los que sueñen dominarla, tendrá un nombre grande que invocar y una nueva vida que defender.

Saturnino, el hombre de fé pura é inextinguible, es el que se prepara para derramar el agua santa sobre la cabeza de los primeros cristianos de Pamplona, que en número de treinta mil se reúnen alrededor del templo de Diana.

El día está hermoso; todo ríe, todo canta; la naturaleza se halla en completa armonía con los corazones de aquellas gentes.

Al terminarse la plática que el santo obispo les ha dirigido encomiándoles la grandeza del sacramento que van á recibir, todos se arrodillan para hacerse acreedores á sus bendiciones. ¡Espectáculo sublime y deslumbrador, á cuyo recuerdo el alma se llena de indefinible dulzura!

Coronas de sagradas flores ciñen las cabezas de los amantes Publio y Eugenia, que van á desposarse dentro de las doctrinas católicas. La enamorada doncella está más seductora que nunca, porque al resplandor que de su belleza material brota se une el de las gracias celestiales. Entre las flores que forman su diadema nupcial se encuentra una más fresca y lozana que todas las demás

Es la misteriosa azucena que su amante le había regalado en el bosque de los cipreses.

El santo obispo, al dar cima á su inmortal empresa, ha unido la vida de aquellas dos almas enamoradas en el santo é indisoluble lazo del matrimonio. Un murmullo de aprobacion ha salido del seno de aquel inmenso gentío que los contempla y que se promete desde aquel momento ser fiel depositario de las verdades que recibe.

VIII.

Muchos años hace que tuvo lugar lo que, ciñéndome á la historia y á la tradicion, he relatado.

Hoy, sobre las ruinas del templo de Diana, se eleva la grandiosa basílica de la Virgen del Camino. Mil veces he cantado sus glorias, inspirado en la grandiosidad de su amor, y otras tantas pienso dedicarla mis plegarias, porque tan sencilla ocupacion me consuela mucho y me hace soportar mis eternas soledades.

Cuando pienso en ella, doy al olvido por completo mis desgracias, y no me veo solo y desamparado, porque mi fantasía me hace ver cerca de mí su consoladora imagen.

¡Y qué extraño es que yo me ocupe de su hermosura! Dios se ocupó de ella; Dios, que para su cabeza hizo las estrellas, para rodearla el sol, para su escabel la luna, para vestirla el firmamento; Dios, que se asomó á sus ojos y les dió su divinidad, entreabrió la grana y dibujó su linda boca, y como si esto no bastara hizo que la tierra reflejase su belleza, el cielo la diera su eterno sόlio, las aguas emblematizasen su pureza, la misericordia la diese todo su poder, el amor todas sus armonías, los ángeles todos sus cantares, que eternos se los deben por haber tenido la dicha de subirla en sus alas al cielo el día que durmió su sueño de amores; Dios, que poniendo á su disposicion el arca santa de sus gracias y los vengadores rayos de sus iras, hizo al género humano la merced más grande que apetecer pudiera, porque desde su trono altísimo solo sabe derramar pródiga y compasiva las primeras y detener con lágrimas y ruegos los segundos; trono de luz que veo enajenado cuando, postrado de hinojos ante el altar de su capilla, veo quebrarse la luz en los variados cristales de sus ventanas góticas, escucho el eco de los ruiseñores que, pendientes de dorada prision, la entonan sus alabanzas, y caen sobre mí como benéfico rocío las vagas y dulces notas del órgano, con cuyas últimas vibraciones caigo dominado por una fuerza superior é irresistible diciendo: felices los que en ti confían, Madre del alma; yo te saludo, yo te adoro con toda la fuerza de mi jóven corazon. Bien sé que mis trovas de amor son mezquinas para ti, porque mi lira se corona más de una vez con flores de una sociedad corrompida y material; pero recíbelas, que son los tristes suspiros de mi destiero, que se dilata demasiado; recíbelas ¡oh Virgen! que son tuyas, porque yo no puedo dar canciones á un mundo que me brinda con un amor que no es el tuyo, que me ofrece la vida y el hombre como término de mis esperanzas, que me priva de lo que si no existiese bastaria á desesperarme, y cuyos sábios han hecho de la ciencia un negocio, de la virtud un crimen, y arrogantes pretenden escalar el cielo sin comprender que sus alas son las del ave herida de muerte, que se eleva en su agonía sobre el viento, para que su caida sea tanto más terrible y vergonzosa cuanto más alto y elevado haya sido su vuelo.

J. JOSÉ GARCÍA VELLOSO.
